

Viernes de la II Semana del Tiempo Ordinario
Homilía en las Jornadas de Espiritualidad de la Familia salesiana
“Aprendamos a ser familia”
Roma, 20 de enero de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

En este encuentro anual de las jornadas de espiritualidad salesiana estamos profundizando en la realidad de la familia y nuestro compromiso en favor de ella, como se nos indica en el aguinaldo del Rector Mayor para 2017. En esta Eucaristía deseamos, pues, dar gracias a Dios por el regalo de la familia y pedirle por sus muchas necesidades. La familia es un tesoro insustituible de la sociedad y de la iglesia; pero muchas veces se presenta frágil y por eso necesita ayuda, especialmente la ayuda de Dios que ahora pedimos con confianza.

1. La primera lectura, tomada de la carta a los Hebreos, nos habla de la nueva alianza entre Dios y su pueblo. Es el Señor Jesús quien da comienzo a la nueva alianza en su sangre, es decir el don de sí y de su vida. Y así no tendremos ya necesidad de una ley escrita en tablas de piedra. Dios mismo grabará sus leyes en nuestra mente y en nuestro corazón. No tendremos ya necesidad de que ninguno nos instruya porque todos conoceremos a Dios desde el más pequeño al mayor. Dice el Señor: “Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”.

La familia se funda y se constituye como alianza, es decir como reciprocidad de relaciones. La alianza familiar requiere intercambio de dones y de compromisos. En la familia, precisamente por la cercanía entre sus miembros, estamos en condición de superar la extraneidad y la indiferencia y de establecer relaciones auténticas. La familia se convierte entonces en casa del amor, es decir en el lugar en el que se aprende a amar, donde el amor se custodia y donde el amor crece. Por ello es importante situarnos en la lógica de lo que yo doy a la familia, más que en la lógica de lo que yo pretendo recibir. Es la lógica del amor dado y recibido.

En la familia se encuentran las generaciones: los abuelos, los padres, los hijos, los hermanos y las hermanas. Unos aprenden de los otros. La vida nos instruye; por eso la familia es también casa de la vida, es decir, el lugar en el que se aprende a vivir y donde la vida se enriquece. En la vida de familia, a veces, por las muchas ocupaciones, corremos el riesgo de no encontrarnos. Si no hay encuentro, no hay camino y si no hay camino no hay crecimiento: la vida entonces corre el riesgo de debilitarse y de apagarse. La familia se hace fecunda cuando se transmite la vida.

Hoy la familia tiene necesidad de renovarse. La familia debe establecer una alianza nueva. Las relaciones formales o basadas exclusivamente en reglas, las relaciones frenéticas o superficiales deben superarse con el lenguaje del corazón. Así dice Dios a su pueblo: “Mira, yo hablaré a tu corazón”. También para la familia el lenguaje del corazón, los sentimientos que se comunican, los afectos compartidos son su novedad y su frescura. La familia tiene necesidad de descubrir los gestos, los signos, las expresiones de la ternura, que es el amor que se manifiesta.

2. El evangelio nos habla después de la llamada de los primeros discípulos que hace Jesús. Él subió al monte, llamó junto a sí a los que quería y ellos se fueron con él. Reunió a doce, a los que llamó apóstoles, para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar y para que tuviesen el poder de expulsar a los demonios. Estar con Jesús e ir en nombre de Jesús.

También la familia cristiana tiene una vocación: la vocación de ser comunidad de discípulos. Si sus miembros aprenden a estar con Jesús, serán destinados al mismo camino de discípulos; será más fácil en la familia mantener la unidad y la concordia. La compañía de Jesús nos ayuda a escuchar la palabra de su evangelio, a preguntarnos juntos cómo vivir y robustecer nuestra fe, a compartir la oración, a vivir generosamente la caridad.

También la familia cristiana tiene una misión: la misión de ser comunidad de apóstoles de Jesús. La familia se debe sentir enviada entre las otras familias para dar testimonio del evangelio. Ser signo visible que en las dificultades nos pueda servir de comprensión y perdón; ser signo creíble que la fe cristiana hace que la vida sea alegre y serena aun en las pruebas y en las fatigas; ser signo fecundo que engendra y da vida.

En la familia cristiana unida se crece como discípulos y apóstoles. No se podrá ser apóstoles audaces, si unidos en la familia no nos ayudamos a ser discípulos auténticos; como tampoco seremos verdaderos discípulos si en la familia no somos apóstoles abiertos a ofrecer un testimonio evangélico.

3. Miremos a Don Bosco y a su familia: su padre Francisco que dejó a Juanito cuando tenía dos años, Mamá Margarita que lo educó y se quedó con él en el oratorio de Valdocco durante 10 años, la abuela con su sabiduría de vida y de fe, los hermanos Antonio y José. De su familia aprendió la necesidad que tienen los jóvenes de tener una familia que los acompañe en su crecimiento.

Miremos a la familia de Nazaret: Jesús, María y José. En ella contemplamos el esplendor del verdadero amor. Santa Familia de Nazaret, haz también de nuestras familias lugares de comunión y cenáculos de oración, auténticas escuelas de Evangelio y pequeñas Iglesias domésticas. Que nunca jamás haya en las familias episodios de violencia, de cerrazón y de división. Jesús, María y José, escuchadnos y acoged nuestra súplica. Amén.